

EL NACIMIENTO DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA URUGUAYA, 1962-1967

*Eduardo Rey Tristán**

Introducción

El presente trabajo se centra en uno de los períodos más importantes y al mismo tiempo menos conocidos de la evolución reciente de la izquierda en Uruguay: aquel que afecta a los años claves de gestación de los grupos revolucionarios que, a partir de 1968 y hasta el golpe de Estado de 1973, jugaron un papel fundamental en la evolución política y social del país rioplatense.

El Uruguay de la primera mitad del siglo XX, en términos generales, podría caracterizarse por su relativa y continuada estabilidad, tanto en lo social como en lo político.¹ Las tradiciones liberales estaban bien asentadas, y las libertades políticas fueron una constante en

* Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, España, 2002. Actualmente se desempeña como investigador en esa misma universidad.

casi todo ese período, con una izquierda legal e integrada en el sistema. Todo ello parecía indicar, a principios de los años sesenta, que este país sería uno de los menos propicios del continente para que fructificase en él la influencia generada por el triunfo de la Revolución Cubana. Así, cuando en diciembre de 1966 se conoció la existencia de una organización clandestina armada denominada *Tupamaros*, la sorpresa fue mayúscula no solo para la mayoría de la población, sino también para una buena parte de su clase política. Tres años más tarde, sin embargo, aquella pequeña organización clandestina había crecido de forma abrupta entre la juventud uruguaya y mantenía en jaque a las fuerzas de seguridad, concitando simpatías y apoyos como nunca había logrado ninguna otro grupo de izquierda en el país.

El *Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros* (MLN-T) no fue el único grupo revolucionario organizado en el Uruguay de la segunda mitad de la década de 1960. Del anarquismo, por ejemplo, surgió a fines de la década la denominada *Organización Popular Revolucionaria “33 Orientales”* (OPR-33); desde posturas declaradamente pro castristas, el *Movimiento Revolucionario Oriental* (MRO), nacido a comienzos de la década bajo el influjo de la Revolución Cubana, creó las *Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales* (FARO); y desde otras filas, como las maoístas o alguna escisión radical del socialismo, se crearon pequeñas organizaciones que si bien no tuvieron una trascendencia pública destacable, si vale la pena conocer en el marco de la evolución de las ideas de la izquierda radical en esa década.

Todos estos grupos, así como algunos otros proyectos políticos desarrollados en el seno de la izquierda en los primeros años de la década –especialmente en el Partido Socialista Uruguayo (PSU), aunque no hubiesen fructificado en propuestas concretas–, conformaron lo que aquí hemos denominado *izquierda revolucionaria uruguaya*. Esta no era un bloque homogéneo, sino que, como señalamos, estaba conformado por diferentes organizaciones que compartían, cuando menos, una premisa básica: su opción por la lucha revolucionaria

como instrumento de transformación social y política, rechazando la lucha política electoral como vía de cambio, y enfrentándose en ese aspecto a las tesis dominantes en la izquierda tradicional, especialmente a las comunistas.

Esta opción revolucionaria en el seno de la izquierda uruguaya fue resultado de una evolución política, ideológica y organizativa de casi un lustro. Sus orígenes hay que buscarlos en un momento político determinado, en el que se mezclaban influencias externas y frustraciones internas de la izquierda uruguaya. A partir de ahí, y si bien el proceso de definición de las posturas revolucionarias fue complejo, a efectos expositivos podemos resumirlo en dos ámbitos.

El primero fue el clandestino. Muchos de los grupos citados, o de los militantes que con el tiempo los conformaron, a finales de 1962 comenzaron a separarse de los partidos de izquierda a los que pertenecían y a buscar nuevos caminos. Desde entonces y hasta 1967, se abrirá una etapa de definición y debate en el seno de la izquierda, pero fuera de los ámbitos partidarios, en la que tuvieron lugar los primeros ensayos de organización clandestina y de acción revolucionaria.

El segundo ámbito lo encontramos en la evolución política de algunos partidos de izquierda. Desde mediados de la década, muchos de ellos fueron evolucionando hacia posturas cada vez más radicales, encontrando o descubriendo afinidades entre sí al tiempo que con los grupos que comenzaban a organizarse en la clandestinidad, y compartiendo espacios políticos o mediáticos.

Hacia 1967, la polarización en la izquierda uruguaya era evidente: frente al PCU y sus organizaciones afines, el resto de los grupos —legales o no— conformaban un bloque cada vez más firme, si bien carecían de una organización política expresión de ello. A partir de ahí, no todos los que en ese momento compartían la propuesta revolucionaria continuaron transitando esa vía. Algunos sufrieron un fuerte desgaste político y perdieron relevancia; otros renunciaron o moderaron ciertas posiciones; y otros, bien conformados como grupos revolucionarios

clandestinos o bien evolucionando a ello desde la legalidad, se consolidaron desde 1968 como apuesta revolucionaria de izquierda para Uruguay.

En este artículo analizaremos este período: desde los primeros años sesenta, en que comenzaron a gestarse las diferentes propuestas y a conformarse esos dos ámbitos de evolución hacia posturas revolucionarias, hasta 1967, en que esa etapa se puede dar por concluida y el panorama organizativo de la izquierda revolucionaria uruguaya quedó definido. Nuestro interés se centrará en dos aspectos que entendemos como claves para comprender el nacimiento de la izquierda revolucionaria: el orgánico, identificando gentes, grupos, procedencias y trayectorias políticas previas; y el ideológico, analizando las diferentes propuestas que fueron discutidas en aquellos años y que posteriormente fueron la base de cada una de las organizaciones conformadas.

Hasta la fecha, este tema no ha sido abordado de forma profunda. En general, toda la izquierda uruguaya ha recibido un tratamiento historiográfico más bien escaso. Y no solamente en conjunto: sobre la mayor parte de los grupos aquí referidos no existen trabajos. Los principales aportes se han centrado en el MLN-T, y han llegado, con pocas excepciones, desde otros ámbitos de las ciencias sociales. Contamos además con relativa abundancia de testimonios o biografías, realizadas en muchos casos por los propios protagonistas de los acontecimientos, y con un peso abrumador también de las referidas al MLN-T. Este hecho, si bien ha resultado de gran utilidad para el conocimiento del período, es a todas luces insuficiente para su comprensión o su análisis político global.²

Nuestras fuentes han sido, fundamentalmente, documentales y orales. Las primeras, si bien para etapas más avanzadas en la actividad de las organizaciones revolucionarias fueron copiosas, no resultan especialmente generosas cuando nos referimos a este período de gestación. En todo caso, su complemento con las fuentes orales, con las entrevistas realizadas a los mismos protagonistas, ha ayudado a conocer con más exactitud el período. Cabe

destacar asimismo el apoyo en otros testimonios que han sido editados bajo diferentes formatos, como se ha señalado; y el recurso para ciertos aspectos a las fuentes hemerográficas, aunque, dado el carácter clandestino de los grupos y proyectos revolucionarios, estas últimas no fueron especialmente relevantes hasta fases más avanzadas de consolidación organizativa y acción, esto es, hasta que ya como organizaciones con actividad constante, salieron a la luz pública.

El marco político

Hay un acontecimiento político clave para comprender el nacimiento de una izquierda revolucionaria en Uruguay: la Revolución Cubana. Pero si, como decíamos inicialmente, la evolución reciente del país hacía suponer que no sería especialmente propicio a la recepción del mensaje cubano, ¿cómo se explica esta aparente contradicción?

En estas páginas no entraremos a valorar el carácter y las formas de ese proyecto liberal –conocido de forma abierta e imprecisa como el “batllismo”– que bajo diferentes modalidades dominó la política, sociedad y economía del Uruguay de la primera mitad del siglo XX. Sí cabe apuntar la creciente crisis del mismo a partir de 1955, de carácter económico en sus inicios, pero que finalmente se mostró como la crisis global de un modelo de Estado, de un proyecto integral cuyo desarrollo había tocado a su fin.³ Sin pretender discutir las diferentes teorías sobre la cuestión –para lo que remitimos, por cuestiones obvias de espacio, a la bibliografía citada– nos centraremos en los factores propios de la izquierda que pudieron haber facilitado esa influencia ejercida por la Revolución Cubana.

Una de las claves en este sentido fueron los cambios que se daban en su seno en los años precedentes. En la década de 1950 la izquierda uruguaya, dominada principalmente por el PCU y por el PSU, sufrió una profunda renovación. La sustitución de los viejos líderes

significó el desarrollo de nuevas propuestas políticas e ideológicas con importantes repercusiones para cada uno de los partidos.⁴ Ambos procesos compartieron algunos rasgos generales, especialmente en lo ideológico: se produjo una renovación de las identidades partidarias, que implicó un proceso de nacionalización, con una reubicación frente a las claves históricas del país y su conjugación con el universalismo propio de las corrientes originarias. Con esto se daba un giro importante, abandonando el componente anti-tradicionalista con el que había nacido la izquierda uruguaya, y recurriendo desde ahora a una interpretación vinculante del pasado que implicaba tanto una redefinición propia, como del concepto de nación y del papel de la oposición política en el proceso histórico.⁵ Se intentaba una apropiación-expropiación de ciertas claves de la tradición y se enlazaba el debate del presente con el del pasado, contemplándose también la correspondiente transformación simbólica a tono con el proceso. Todo ello se ubicaba además en un plano latinoamericano que hasta esos momentos había sido poco frecuente en ambos partidos. La latinoamericanización de socialistas y comunistas, un segundo momento o interpretación de esa nacionalización, sería fundamental para la recepción en Uruguay de las transformaciones de la izquierda a nivel continental desde 1959.

Hubo además transformaciones organizativas importantes en ambos partidos: desde nuevos planteamientos en la concepción de la militancia, tratando de forjar partidos de cuadros claramente orientados al trabajo de masas y a la ampliación de las respectivas bases; hasta cambios en las formas de trabajo en los ámbitos parlamentario o sindical, con nuevas orientaciones consonantes con el sentido de los giros mencionados.

Esos procesos renovadores, si bien por una parte fueron fundamentales para que la Revolución Cubana se encontrase con una izquierda receptiva en muchos aspectos a elementos importantes de su mensaje —de defensa de valores nacionales y latinoamericanos, o nuevas orientaciones en las tareas políticas, de masas u organizativas—, por otra lo fueron aún más si cabe para

entender cómo se procesó esa influencia y cuáles fueron sus resultados. La clave parece haber estado en la madurez de las renovaciones: mientras que el PCU logró cerrar su proceso en un tiempo relativamente breve, tanto por el modo en que se produjo el cambio de liderazgo como por la adopción rápida y prácticamente sin disenso de un renovado proyecto político e ideológico⁶; el PSU no llegó a completar su renovación, con graves consecuencias de futuro. Los cambios en el socialismo se dieron de forma paulatina, prácticamente desde la base. Esto, que a priori podía dar crédito a un proyecto de futuro bien asentado, tuvo una importante limitación en tanto en cuanto los cambios en la dirección y la renovación del proyecto ideológico no se vieron totalmente acompañados de una correcta adecuación de la estructura del partido a esas transformaciones.

De este modo, en los primeros años sesenta los comunistas lograron mantener un partido cohesionado y disciplinado, que supo adoptar y adaptar el mensaje de la Revolución Cubana prácticamente sin conflictos internos destacables. El más grave se produciría en 1963 y estuvo causado por el tratamiento interno de la polémica chino-soviética. A raíz de esta se conformó un grupo prochino, el *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR). Sus integrantes habían sido en muchos casos militantes universitarios de la *Unión de Juventudes Comunistas* (UJC). Mientras, los socialistas no consiguieron canalizar el impulso movilizador y radical que Cuba transmitía a través de una estructura y acción partidaria coherente que mantuviese la cohesión interna, por lo que los fracasos del proyecto político hicieron mella de forma muy notoria en el partido.

Esos fracasos llegaron en 1961 y 1962. La Revolución Cubana había generado un rápido y muy intenso movimiento de solidaridad en el país, protagonizado sobre todo por la izquierda. Rápidamente se crearon comités de apoyo y grupos varios, de modo que hacia fines de 1961 ya sumaban más de ochenta en el *Comité Nacional Coordinador del Apoyo a la Revolución Cubana*. En todo ese proceso, en torno al debate abierto por Cuba

sobre los tiempos y las fases de la revolución, encontramos los primeros indicios de las principales líneas políticas e ideológicas seguidas por la izquierda en los años siguientes, con la diferenciación clara de dos sectores en el seno del Comité Nacional según el grado de radicalidad de las posiciones que defendían. Además, en la movilización de apoyo a Cuba descubrimos la incorporación a la práctica política activa de ciertos sectores de la sociedad uruguaya que si bien antes no estaban del todo desvinculados, sí al menos se mantenían en un segundo plano y más relacionados con sus intereses de grupo, caso del movimiento sindical y de la intelectualidad, además de personas que a título individual ahora se incorporaron a la militancia política.

La corriente de movilización generada por Cuba y la percepción que ella producía de posibilidades de cambio por las vías establecidas, tuvo su primera frustración en un fracasado intento de reforma constitucional impulsado en 1961 por el PSU y secundado prácticamente por toda la izquierda y los grupos desgajados en esos años de los partidos tradicionales por efecto de la Revolución Cubana.⁷

En ese mismo año y en los primeros meses de 1962, se produjo otra movilización fundamental para comprender el desarrollo de los grupos revolucionarios. En consonancia con la renovación socialista y la nueva orientación de masas del partido, especialmente hacia el hasta entonces descuidado sindicalismo rural, desde 1960 un miembro de su Comité Central, Raúl Sendic, se empeñó en la organización de los trabajadores agrícolas del norte del país: remolacheros primero, y cortadores de caña de azúcar después. En septiembre de 1961 colaboró en la fundación de la *Unión de Trabajadores de Azúcar de Artigas (UTAA)*, sindicato que a partir de entonces fue un símbolo para la lucha revolucionaria. UTAA, con protestas radicales y combativos medios de lucha poco habituales en un sindicalismo integrado en el sistema y abocado a la resolución de conflictos por la vía de la negociación, planteó nuevos dilemas a toda la izquierda. A fines de 1961 y comienzos de 1962 realizó

sendas marchas a Montevideo para dar a conocer la explotación de los peones agrícolas de la caña de azúcar —cañeros—, sus miserables condiciones de vida, y reclamar una jornada laboral de ocho horas y unos mínimos derechos sociales.⁸

La lucha de los cañeros, si bien fue estéril en cuanto al logro de sus objetivos, supuso una auténtica conmoción en la izquierda montevideana. Frente a la oposición comunista a ciertas formas de movilización de los trabajadores del norte, diversos grupos pertenecientes al resto de la izquierda apoyaron la movilización y sus reivindicaciones. Para muchos se trataba quizá de un modo de trasladar el espíritu cubano a las movilizaciones y reclamos propios, llevando a la práctica el discurso radical que defendían en el *Comité Nacional de Apoyo a Cuba*. La semilla plantada por Sendic y UTAA serían fundamentales en el futuro, y sin ella no se comprende el nacimiento de la izquierda revolucionaria.

La frustración definitiva fue provocada por los comicios de noviembre de 1962. Para esta ocasión no se logró una coalición de todas las fuerzas progresistas, presentándose dos plataformas encabezadas por socialistas y comunistas respectivamente.⁹ A lo largo de todo ese año se produjo una intensísima movilización no solo de los partidos de izquierda, sino también de todos aquellos que se habían incorporado a la actividad política en el movimiento de apoyo a Cuba. Se crearon comités de las distintas coaliciones en prácticamente todos los barrios de Montevideo y ciudades del interior, y los actos y la propaganda se multiplicaron respecto a cualquier proceso electoral anterior. Esa intensa movilización tenía como telón de fondo la Revolución Cubana, de cuyo apoyo todos los grupos pretendieron obtener réditos políticos, bien a través de la participación en el movimiento de solidaridad, o bien adoptando aquellos elementos del mensaje cubano que más convenían a los intereses propios.

Pero a pesar de la gran movilización que tanto Cuba como las elecciones de 1962 suscitaron, y que hicieron pensar en un auge definitivo de la izquierda como opción

política,¹⁰ los resultados de los comicios no fueron buenos. En conjunto, no se superaron los márgenes anteriores, y simplemente se produjo un trasvase de votos entre las dos fuerzas principales, hundándose el PSU-UP, y recogiendo sus votos el PCU-FIDEL. Los primeros efectos de estos resultados fueron la desmovilización de la izquierda, que perdió intensidad rápidamente, y la crisis del PSU. Este, que se quedó sin representación parlamentaria por primera vez desde 1912, comenzó a sufrir una serie de crisis internas, con continuas escisiones, que supondrían su total declive como fuerza política hasta su inclusión en el Frente Amplio en 1971. Más allá de eso, de casi todas las fuerzas de izquierda comenzaron a separarse pequeños grupúsculos que empezaban a plantear la esterilidad de la vía electoral para lograr cambios radicales en el país, máxime si había fracasado en ese propicio ambiente de efervescencia revolucionaria y de movilización social generado desde 1959. Desde comienzos de 1963, esos pequeños grupos de militantes, dispersos primero y comenzando a relacionarse poco después, empezarían a buscar nuevas vías de acción revolucionaria.

Para completar la visión del marco político que nos ayude a comprender los orígenes políticos de la izquierda revolucionaria, no podemos olvidar la renovación del anarquismo, pareja en el tiempo a la comunista y socialista, pero que no la hemos valorado junto con estas por su carácter y su diferenciada actuación política.

El anarquismo, protagonista indiscutible del nacimiento de la izquierda uruguaya a fines del siglo XIX y fuerza dominante hasta la década de los años veinte, había sufrido una larga decadencia desde 1929 que le hizo perder el liderazgo obrero hasta ser prácticamente una fuerza residual en 1950. A partir de entonces, una nueva generación vinculada con algunos viejos sindicatos y nuevas e importantes luchas sociales en 1951 y 1952, se abocó a su regeneración bajos nuevos planteamientos. Se dejó atrás el viejo anarcosindicalismo dominante hasta 1929, y se propuso la organización política del anarquismo. Además, se dio un proceso similar al de socialistas y comunistas por cuanto se reubicó el discurso en un

plano latinoamericano y nacional novedoso, sin romper por ello las viejas tradiciones internacionalistas.

El resultado de todo ello fue la creación, en 1956, de la *Federación Anarquista Uruguaya* (FAU), que agrupó a los núcleos ácratas existentes en esos momentos.¹¹ Su propia existencia supuso una revolución organizativa en el anarquismo uruguayo, por la asunción de fórmulas poco frecuentes en los ámbitos libertarios. Además, un renovado trabajo en el medio sindical les permitió crecer de forma considerable para llegar, a fines de la década siguiente, a ser de nuevo una fuerza obrera muy significativa.

La FAU fue una activa defensora de la Revolución Cubana incluso desde antes de su éxito. Pero el carácter de ese apoyo, especialmente a partir de la definición marxista-leninista del castrismo, le costó una grave crisis interna a la que se sumaron diferencias ideológicas y organizativas internas de importante calado. A partir de 1962 se enfrentaron aquellos que defendían la Revolución Cubana y la profundización en una línea revolucionaria influenciada por concepciones no anarquistas en el sentido tradicional, con aquellos que criticaban los virajes pro cubanos y abogaban por otro tipo de tareas más acordes con interpretaciones más clásicas del anarquismo. La ruptura se confirmó en 1964, y los primeros mantuvieron el control de la FAU, continuando en su línea de renovación de la estrategia y tácticas anarquistas, y confluyendo de forma creciente con aquellos grupúsculos radicalizados que se iban desgajando de la izquierda partidaria.

El debate en torno a la organización revolucionaria: del Coordinador al MLN-T

Los primeros meses de 1963 fueron una época de gran dinamismo en el debate interno de la izquierda, realizado sobre todo fuera de los ámbitos partidarios. Algunos de los militantes y pequeños grupos que desde la segunda mitad del año anterior habían iniciado su separación –práctica, no siempre formal– de las estructuras

a las que pertenecían, comenzaron a reunirse en un local del barrio obrero montevideano de La Teja. Allí acudían desde militantes de base de diferentes grupos, a destacados miembros de algunos partidos de izquierda, caso de Gerardo Gatti (FAU) o de Vivian Trías (PSU).¹² Dos influencias externas eran apreciables en aquellos momentos: la cubana y la polémica chino-soviética. Se discutía sobre la situación del país, la crisis, a dónde conduciría, las condiciones revolucionarias y golpistas, el qué hacer en el segundo caso...; presente estaba la *II Declaración de La Habana*,¹³ documento clave para la historia política latinoamericana de la época. Estos debates comenzaron a adquirir una nueva dimensión, especialmente para los grupos más radicalizados, a partir de febrero de 1963, mes en el que la conflictividad social llegó a niveles elevados con la declaración de Medidas Prontas de Seguridad (MPS)¹⁴, numerosas huelgas, y enfrentamientos entre trabajadores y fuerzas de seguridad. Desde entonces y hasta el golpe, con sus altibajos, la polarización de la sociedad uruguaya seguirá una línea ascendente.

El movimiento cañero fue por muchos meses el catalizador de todos esos militantes y grupúsculos que se iban escindiendo desde el año anterior de la izquierda tradicional. En el mismo lugar en el que se reunían y discutían con el resto de la izquierda, y más allá de la actividad que aún mantenían en sus diferentes partidos, siguieron en contacto para ofrecer apoyo a los cañeros y estudiar el tipo de acciones a llevar a cabo y con las que conducir este compromiso con los trabajadores del norte. A fines de 1962 aún no se trataba de grupos bien definidos, “va a proliferar el nacimiento de proyectos y grupos pero no va a proliferar su continuidad. Van a ser flores efímeras, producto de alguna emoción circunstancial”, como señaló Fernández, en 1987. Pero ya desde principios de 1963 son apreciables al menos cuatro núcleos: uno que procedía básicamente de una escisión en la *Juventud* del MRO, junto con otros integrantes de militancias sociales; otro de tendencia pro-china, el MIR; los anarquistas de la FAU; y, en otro plano, un grupo en torno

a Sendic, compuesto por gentes del interior, cañeros muchos de ellos, pero que no es estrictamente UTAA como organización sindical legal, aunque evidentemente estaban muy relacionados.

Fue en los primeros meses de 1963, al hilo de las conversaciones sobre la necesidad o idoneidad del momento para el estallido revolucionario, y tras el impacto que produjeron las jornadas de lucha del mes de febrero, cuando empezaron a discutirse las medidas de autodefensa y la necesidad de armarse. Se intentó un robo de armas en un juzgado, pero dado su fracaso, se planteó por primera vez una actuación seria para conseguir armas en cierto número: el asalto al Club de Tiro Suizo en Nueva Helvecia (Dpto. de Colonia). Si bien inicialmente estas armas serían para apoyar la ocupación de tierras por parte de los cañeros, no cabe duda que la acción tiene otro significado y dimensión al planearse en medio del debate sobre las condiciones revolucionarias. El apoyo a UTAA era el argumento perfecto para avanzar un paso en aquella discusión. Implicaba un compromiso personal mucho más profundo: ya no era solo reunirse para hablar de la acción y la revolución, era implicarse en ella, pasar de ser revolucionarios de palabra y papel a aprendices de revolucionarios. La lucha cañera había actuado, y seguía haciéndolo, como aglutinadora de las tendencias más radicalizadas. Pero, al tiempo, esa misma acción les generaría nuevos problemas y necesidades que le daban sentido por sí sola, más allá de su relación con UTAA. Motivó un nuevo desarrollo organizativo que pronto comenzó a abrirse espacio propio en la izquierda uruguaya.

El robo de armas del Club de Tiro Suizo tuvo lugar la noche del 31 de julio de 1963, y participaron en él tres de los cuatro grupos a los que antes se hizo referencia —la FAU no—, aunque no todos con la misma implicación. Los rastros dejados a las fuerzas de seguridad en las horas siguientes provocaron un mes después las primeras detenciones, el descubrimiento de parte de la trama, y el paso a la clandestinidad de Raúl Sendic.¹⁵

El Tiro Suizo más adelante sería considerado por algunos tupamaros como su *Moncada*¹⁶ debido a las

importantes repercusiones que tuvo a nivel tanto interno como externo. La acción implicaba un compromiso personal serio: “éramos codueños de un patrimonio peligroso y comprometedor. Éramos copartícipes de un secreto en el que nos iba la libertad. Todos pasábamos así a depender de la discreción de los demás, a ínter depender, por lo tanto.”¹⁷ Y esto suponía tener que empezar a reunirse formal y regularmente, pues eran bastantes las cosas a tratar, y más serían tras el golpe policial del mes de septiembre. Así nació el *Coordinador* de los grupos, institucionalización de ese contacto que se había generado meses antes. Además, alguno de los grupos participantes pasó a conformarse como tal: el que procedía del MRO, que a partir de ahora sería el *Movimiento de Apoyo al Campesinado* (MAC) y posiblemente el más próximo a Sendic en Montevideo. Se integró además el grupo de Sendic y los cañeros, el MIR, y se mantuvo presente el anarquismo a través de algunos significativos miembros de la FAU.¹⁸ También llegaron algunas gentes de izquierda de forma independiente, aunque los acontecimientos de aquellas semanas hicieron abandonar a otros que no encontraban en esta vía activista lo más adecuado para la realización de sus planteamientos.

El Coordinador, que había tenido su origen en las movilizaciones de apoyo a los cañeros, pasaba a representar un nivel organizativo más allá de esas necesidades, generado por la propia dinámica de los acontecimientos. En los meses siguientes ese proceso se repetiría, y poco a poco se fueron perfilando opciones que llevaban inexcusablemente a la creación de una organización de tipo armado que tuviese sentido por sí sola, con su propia razón de ser, más allá del apoyo circunstancial a luchas particulares. Funcionó durante más de un año, hasta enero de 1965, aunque a partir de mediados de 1964 muy afectado por conflictos internos. No se trataba de una organización definida ni jerarquizada, era un organismo de contacto entre los grupos que lo integraban, que seguían teniendo su propia particularidad. Agrupaba a militantes de izquierda, procedentes de diversas tendencias, y con una experiencia política previa. De ahí

que en él se viesen reflejadas diferentes corrientes y opciones políticas, el bagaje ideológico, en definitiva, con el que cada uno llegaba al Coordinador.

Sus miembros no tenían por qué renunciar a sus militancias partidarias, y a excepción de los integrantes del MIR y de la FAU, que ya eran organizaciones legales y participaban de la coordinación, el resto de los miembros pudieron seguir, si fuese el caso, siendo parte de los partidos de izquierda de los que provenían, como ocurrió con muchos militantes del PSU, incluido el propio Raúl Sendic.¹⁹ Al Coordinador habían llegado porque a partir de determinado momento optaron por una línea de acción que sus partidos no les podían proporcionar: les acusaban de reformistas y electoralistas, de orientar su trabajo al mantenimiento de un sistema en el que el papel que tenían adjudicado era totalmente marginal (consistente en *recoger votos*), y dejar de lado el espíritu revolucionario y el cuestionamiento de ese sistema en la búsqueda de un cambio profundo. Para ellos, una nueva opción debía pasar por un cambio de metodología.²⁰

Una de las máximas de lo que luego será el MLN-T, y que tiene ahora su origen, fue la famosa frase *las palabras nos separan, los hechos nos unen*. Sobre todas las críticas que realizaban a la izquierda tradicional destaca una: perderse en lo teórico y en la discusión sin ser capaz de articular ninguna propuesta de cambio. Los grupos del Coordinador destacaban el valor del compromiso manifestado a través de la acción, en vez de perderse en interminables discusiones para crear el marco teórico desde el cual pasar a la acción; y esto fue lo que le permitió reunir gentes de muy diferentes tendencias cuyo único punto en común era su percepción de que ante los acontecimientos del momento, era necesario hacer algo más allá de las pintadas en los muros de Montevideo.

El Coordinador fue el núcleo fundamental que permitió el nacimiento de la izquierda revolucionaria en el Uruguay. Su actividad y su debate permitieron definir posturas y proyectos, mostrar disposiciones, desarrollar

y consolidar opiniones, y comenzar a vincular a aquellos que eran más afines. En sus inicios se centró de forma importante en el apoyo a las marchas cañeras y la lucha de UTAA. Además, los grupos que lo integraban fueron adquiriendo experiencia en la organización y acción clandestina. En cuanto a estas últimas, el objetivo fundamental fue el pertrechamiento (dinero y armas sobre todo), jugando también un papel importante las acciones de denuncia política y social.²¹

Esta estructura no muy definida ni en lo político ni en lo organizativo, que había resultado inicialmente positiva como lugar de encuentro, debate y desarrollo de las primeras experiencias clandestinas, comenzó a llegar al máximo de sus posibilidades en la segunda mitad de 1964. El apoyo a la lucha cañera en mayo y junio de ese año, y especialmente alguna acción realizada por uno de los grupos en torno a aquella, provocó el primer conflicto y fue el primer síntoma. Dado el crecimiento experimentado por el Coordinador y sus actividades —no ya tanto en el sentido cuantitativo como en el cualitativo— la organización y normas de funcionamiento sobre las que se asentaba, comenzaban a no ser suficientes ante las nuevas perspectivas que se planteaban y la propia dinámica que la práctica generaba. Se estaba profundizando en una línea de acción determinada que no era compartida por todos los grupos.²² Se había hablado de la necesidad de un cambio de metodología, y de una apuesta por la acción en sustitución de la palabra y la teoría, pero no se había concretado qué tipo de acción ni qué tipo de organización había de llevarla adelante. Desde fines de 1964, en definitiva, esa acción que primero los había unido, había generado nuevas necesidades que exigían un mayor grado de definición, un salto cualitativo. En el fondo del problema se encuentran divergencias profundas en cuanto al tipo de organización a definir. Si ya la propuesta de cambio en el año 1962 había estado en relación con nuevas tendencias de la izquierda latinoamericana, veremos que el planteamiento de la forma en que deban articularse esos cambios manifestaría claramente a qué tipo de influencia responde cada grupo.

La situación se deterioró en los siguientes meses, de modo que a principios de 1965 el Coordinador estaba prácticamente roto. La organización de una nueva marcha de los cañeros en febrero de ese año,²³ y el constante incremento de la crispación política en el país en los meses siguientes —que incluía medidas prontas de seguridad, un paro general de la CNT, la puesta al descubierto de la corrupción financiera con la quiebra de un importante banco, o rumores de golpe de Estado—, motivó un intento de retomar la coordinación. Desde el mes de mayo comenzaron de nuevo los contactos, pero ya con una idea concreta: no se reunirían para reflotar la vieja estructura, sino para discutir la posibilidad de crear una nueva que fuese capaz de superar los problemas anteriores. Aunque en buena medida había sido la marcha cañera la que movilizó a estos grupos, su reunión ya no se planteaba con el objetivo de coordinar acciones en su apoyo, sino de crear una estructura organizativa que permitiese atacar las estructuras del sistema y defenderse ante un posible golpe de Estado.

Se quería aprovechar la presencia de los cañeros para reunir a todos los que habían participado en aquella experiencia; para discutirlo todo, poner unos criterios organizativos nuevos sobre los que empezar a trabajar, y así superar los anteriores problemas a partir de su análisis. Como decíamos, la acción que antes los había unido, luego los separó; y las palabras que en la izquierda eran fuente de escisión, ahora se planteaban como única vía de unión. “Se quería discutir a fondo de una vez por todas. Ya nadie estaba dispuesto a seguir trabajando a base de urgencias y sin un previo análisis del pasado y acuerdo sobre el futuro, hecho en base a conceptos claramente definidos.”²⁴

La reunión, que a la larga supondría un punto de inflexión en la evolución de las posiciones revolucionarias en la izquierda uruguaya, se realizó en el mes de mayo y lleva el nombre del balneario en el que tuvo lugar: “Parque del Plata”.²⁵ A ella se llegó con nueve tesis más o menos elaboradas: 1) el convencimiento de que en Uruguay, dada la situación de crisis, la actitud de la

clase dominante y la de los países vecinos, iba a ser necesaria la lucha armada; 2) esa lucha, por las condiciones del país, debería ser urbana; 3) el proceso uruguayo se inscribía dentro de otro de carácter continental; 4) la certeza de una intervención extranjera tan pronto como el desarrollo de los acontecimientos molestara a los países vecinos; 5) la lucha sería de liberación nacional para construir una sociedad socialista, y por ello la cuestión del poder debía ser y estar en el centro de la estrategia; 6) era preciso tener muy en cuenta todas las condiciones del país para diseñar la estrategia y la táctica: un país pequeño, con un reducido número de habitantes, y en donde *todos nos conocemos*; 7) autogestión: obrera, popular y del militante en las organizaciones políticas y de masas, como estilo y forma de luchar por la nueva sociedad; 8) caracterización de la realidad de la izquierda como carente de respuesta a los nuevos tiempos, lo cual se traducía en una caída en la alienación de la teoría y el predominio estéril de esta; 9) necesidad de una sola organización, de una sola disciplina, de una sola dirección, y de un solo estatuto.²⁶

Si bien en las ocho primeras tesis podía haber ciertas discrepancias, en lo básico se estaba de acuerdo. El problema surgió cuando se planteó la novena, la organización, pues esta llevaba aparejados otros dos debates: su tipo desde el punto de vista teórico (cuál sería, como hacerla, qué línea seguir, qué dimensión pública darle); y la relación con los grupos de izquierda ya existentes, más concretamente los problemas de la doble militancia y de disciplina.

En esta reunión participaron, como hemos mencionado, todos los grupos e independientes que antes habían estado relacionados con el Coordinador: los cañeros aglutinados en torno a Raúl Sendic; el MAC (con Fernández Huidobro como figura principal); el MIR, que aún no había definido su postura ni superado sus diferencias internas; y los miembros de un grupo procedente del PSU que habían entrado al Coordinador en abril de 1964 (con gente como Rivero Cedrés o Amodio Pérez). Por el PSU estaba, en calidad de observador y

para aclarar la posición del partido su Secretario General, José Díaz.²⁷ Y en nombre de los anarquistas estaba Gerardo Gatti (FAU). Además se encontraban presentes representantes de otros grupos menores, y algunos independientes.

Tanto en la reunión de Parque del Plata como en general en esas semanas, existieron varias posturas en torno a la polémica de la nueva organización. Dos de ellas, que Fernández Huidobro refiere como una presentada y otra existente pero velada, eran claras apuestas por la creación de una nueva organización con todas sus consecuencias: la que representaban los que luego formarían el MLN; y la marxista-leninista pensamiento Mao por la que abogaba una parte considerable del MIR.²⁸ En todo caso, los segundos apoyaron la creación de esa nueva organización sin plantear de momento ninguna otra polémica sobre su carácter. Otra postura fue la anarquista: para la gente de la FAU no era necesaria una nueva organización que agrupase las tendencias revolucionarias de los partidos y militancia de izquierda, pues en su caso ya lo eran y tenían como tal esa tendencia. Estaban dispuestos a profundizar en la coordinación, pero siempre que coincidiesen en lo estratégico: ni compartían la teoría del foco ni el policlasismo que defendían algunos; daban prioridad al trabajo en el frente obrero en contra de lo militar del foquismo, pues si no se dejaría a la clase trabajadora en manos del *reformismo*, contrario a las posturas revolucionarias.²⁹ En definitiva, su opción era una organización sin definición política que fuese el brazo armado de la izquierda. Esta posición planteaba el grave problema de la disciplina. Los representantes de los partidos presentes allí como tales, no aceptaban esa incompatibilidad.

De la reunión, y al hilo de las decisiones adoptadas así como de la separación de los que no coincidían en seguir adelante por el camino marcado, salió la aprobación de seis puntos a partir de los cuales comenzar a trabajar; y un Estatuto como marco para ello. Los primeros eran: unir todos los recursos materiales y humanos en una sola organización; dirección única (Comité Ejecutivo)

y coordinación solo con otras organizaciones; provisionalidad de las resoluciones hasta la convocatoria de una Convención Nacional por el Comité Ejecutivo; creación de una comisión especial para resolver viejos conflictos de reparto de armas; y aprobación del Estatuto, único documento escrito emergente de la reunión. La nueva organización carecería de nombre por el momento; se identificarían por algunos meses simplemente como *Tupamaros*. Ese y otros temas se discutirían en la Convención Nacional, que a partir de ese momento comenzaría a ser preparada. Los grupos que decidieron formar esta nueva organización fueron: el de Sendic y los cañeros (entendamos que no es UTAA como tal, que seguía trabajando en el plano legal, sino gentes independientes agrupadas en torno a Sendic), el MAC, el MIR, el grupo procedente del PSU, y algunos independientes. Esta composición quedó reflejada en el primer Comité Ejecutivo elegido.

En los siguientes meses se organizaron en células, desarrollando la estructura básica que más tarde sería empleada en el MLN-T. Además de las reuniones y trabajos preparatorios de la I Convención Nacional, siguieron realizando pequeñas acciones, como colocación de pequeños artefactos en empresas extranjeras –Bayer– o propiedades de destacados miembros de la denominada oligarquía.³⁰

El debate más importante de cara a la I Convención Nacional fue el que acabó de definir la postura del MIR. En su seno ya desde el año 1963 se apreciaban dos posiciones: la pro-china más consecuente, encabezada por Julio Arizaga, que postulaba la construcción del partido según el marxismo-leninismo pensamiento Mao. Esto significaba que el primer paso debía ser la creación del Partido y su órgano de difusión con el objeto de atraer a las masas, que habían de ser las que realizasen la revolución. La organización que se estaba creando tendría la función de brazo armado. Y una segunda postura encabezada por Rodríguez Beletti y Jorge Torres que, aún compartiendo lo fundamental, tenía mayor simpatía por el proceso cubano y, por tanto, hacia los

grupos que defendían la postura que luego adoptó el MLN-T. Había un tercer grupo, los indecisos, que en la votación interna del MIR apoyaron la primera postura en contra de la creación del aparato armado. De aquí se escindió un grupo importante –quizá alrededor de un tercio de la organización– que pasó al futuro MLN-T, mientras el MIR siguió su camino independiente.

La Convención, prevista para diciembre, se realizó finalmente en enero de 1966 debido al decreto de medidas de seguridad de aquel mes. Se desarrolló durante todo un fin de semana, y tuvo dos partes. Una primera en la que se deslindaron campos con los compañeros del MIR y también con algunos provenientes de la Juventud del Partido Socialista, resolvieron todos los conflictos que quedaban pendientes de la reunión de Parque del Plata, y decidieron la ruptura y el reparto equitativo de los bienes comunes. Se retiraron también los independientes o todos aquellos que no acababan de identificarse con el proyecto que se iba a desarrollar, quedando no más que la mitad de los que habían empezado: no pasaban de unos cincuenta, la mitad de ellos del interior y el resto ya organizados en cinco células en Montevideo.

En la segunda parte de la reunión permanecieron “quienes habían hecho acuerdo en los siguiente puntos, que pasaron a resolver”: se aprobó el Reglamento provisorio adoptado en Parque del Plata, aceptando también las tesis acordadas; se creó entonces un nuevo movimiento que por el momento permanecería secreto y sin nombre; se estableció una sola disciplina; se aprobó el breve conjunto de documentos elaborado para la discusión por la comisión política; se definió la estrategia del momento como de defensa y, por tanto, de preparación para el futuro; se eligió un comité ejecutivo (Raúl Sendic, Tabaré Rivera y Eleuterio Fernández); y se dejó en manos de este las renuncias a las distintas organizaciones políticas de aquellos que aún se mantenían afiliados y que no eran presentadas de inmediato por razones de seguridad, resolviendo así la vieja cuestión de la doble militancia y disciplina.³¹ Quedaba finalmente constituido, en enero

de 1966, el grupo que pronto sería conocido como *Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros*.

A partir de entonces el MLN-T se dedicaría a establecer sus bases organizativas y de acción en la más absoluta clandestinidad. Hasta diciembre de ese año, en que fue fortuitamente descubierto por la policía, no desarrolló actividad pública significativa. En 1967 logró consolidar su estructura interna y de funcionamiento clandestino, creciendo moderadamente dentro de la militancia de izquierda ya politizada, fundamentalmente, y superando al tiempo el acoso policial que se iniciara en el año anterior. Desde 1968, el MLN-T inició un rápido crecimiento en sectores no políticos, caso de los estudiantes, movilizados de forma muy radical por sus protestas particulares en ese año. Fue un crecimiento brusco y masivo, que hizo del MLN-T la organización más importante de toda la izquierda revolucionaria uruguaya, y el actor político clave desde entonces hasta los meses previos al golpe de Estado de 1973.

La opción revolucionaria en la izquierda partidaria

La izquierda revolucionaria uruguaya no estuvo formada solo por los grupos integrantes del Coordinador primero o por el MLN-T después. No tuvo tampoco un panorama organizativo homogéneo a lo largo de toda la década de los sesenta. Hacia 1966, al tiempo que aquella experiencia de organización clandestina cuajaba en el MLN-T, los grupos del Coordinador que no se habían integrado a él continuaban desarrollando sus actividades y elaborando sus proyectos revolucionarios. Participaban, al igual que ya lo habían hecho todos los miembros del Coordinador desde 1963, en otros ámbitos comunes de la izquierda que no tenían por qué ser clandestinos. Y en estos se encontraban con otros grupos con los que no siempre compartían posturas radicales, pero con los que había un denominador común: su carácter no comunista.

Hacia 1966 en la izquierda uruguaya se hizo patente la división entre el comunismo (PCU-FIDEL y algunas otras pequeñas organizaciones próximas) y el resto de la izquierda. Los primeros mantenían un claro liderazgo tanto en lo político, por su representación parlamentaria desde 1962 (la mayor de toda la izquierda, revalidada en los comicios de 1966 en los que se produjo el definitivo hundimiento del socialismo y la consolidación del FIDEL como fuerza parlamentaria representativa de la izquierda); como en lo sindical, donde eran la fuerza mayoritaria y dominante en la *Convención Nacional de Trabajadores* (CNT). La línea política del PCU siguió claramente la trazada tras la renovación de la década anterior, y la podemos resumir en la apuesta por la transformación social a partir del crecimiento político electoral y la consolidación de su fuerza en el movimiento de masas (obrero especialmente, pero abierto también a otros sectores cada vez más politizados como el estudiantil o el intelectual).

La convergencia de la izquierda no comunista tuvo su expresión más representativa en la edición del diario *Época* en primer lugar, y en la polémica en torno a la participación uruguaya en la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en segundo lugar. En ambos casos descubrimos, además de posiciones políticas, las evoluciones particulares de algunos grupos que previamente no habían formado parte del Coordinador, y que, a partir de cierto momento, nos indican que también pueden ser considerados como una expresión más de las posturas revolucionarias en la izquierda uruguaya.

El diario *Época* constituyó la gran experiencia editorial de la izquierda independiente entre 1962 y 1967. Era la primera publicación que no respondía a una línea de partido²⁹ y en él participó prácticamente toda la izquierda excepto el PCU.³⁰ A pesar de la significativa ausencia comunista, suponía un avance en las relaciones de esa izquierda.

En sus inicios no puede considerarse una publicación de la izquierda revolucionaria. Más bien se trataba de una izquierda nacionalista, alineada con el proceso

cubano, como indica la presencia en la dirección del diario de Carlos Quijano, director también del semanario *Marcha*, y representante claro de la izquierda nacionalista e independiente. En su línea editorial estuvieron desde el primer momento ideas muy defendidas también por Quijano en *Marcha*, caso de la reforma agraria y planificación de la producción (con conceptos reformistas pero no radicales, diferentes de otras posturas en el seno de la izquierda); o ideas muy en línea con la renovación sufrida por la izquierda uruguaya en los años anteriores —especialmente por los sectores no comunistas, en los cuales surgieron los grupos revolucionarios—, caso del tercermundismo, el antiimperialismo o la defensa de las luchas de liberación (Cuba, Argel, guerrillas). En lo nacional, dos hechos dan la pauta de la línea: tras los primeros comandos del hambre en diciembre de 1963, hace una valoración positiva de las intenciones de sus autores, y critica el trato que se les da en la prensa grande, cuando a los que realmente roban el país ni se les menciona. En segundo lugar, defendió las marchas cañeras y las apoyó desde sus páginas. Era partidaria de la expropiación, como había manifestado desde su primer editorial.

En su consejo editorial y en sus puestos de dirección y redacción encontramos igual socialistas, anarquistas, maoístas, trotskistas, independientes, o pro castristas.³⁴ Incluso algunos grupos, como FAU, entre 1963 y 1967 dejaron de lado en cierta medida su propia prensa partidaria, y volcaron su militancia en el diario.³⁵ Era un lugar de encuentro para toda la izquierda no comunista, y no solo en sus páginas, sino también en sus locales. Su edificio, en el centro de Montevideo, era, según Andrés Cultelli,³⁶ como el ministerio de relaciones exteriores de muchos grupos (especialmente de aquellos que comenzaban a organizar actividad clandestina), el centro de contactos políticos nacionales e internacionales. Allí se reunían exiliados brasileños (desde 1964), con los que los grupos locales tuvieron fluidas relaciones (especialmente el MLN-T), y gentes de otros lugares. Fue un lugar clave para la formación de una izquierda revolucionaria en

Uruguay, tanto por el contacto con gentes de otros países allí refugiados, como por las relaciones que en el diario y a través de él (en sus páginas), se establecieron.

Época salió hasta febrero de 1967. Sus problemas económicos fueron constantes, especialmente por la falta de publicidad, hasta que ni la activa militancia ni la colaboración gratuita que habían permitido salvar otros escollos importantes evitaron su cierre. Desconocemos si más allá de las cuestiones económicas, otros problemas y diferencias políticas pudieron estar detrás del cierre de *Época*. Guillermo Bernhard, presidente de la Editorial Independencia, responsable del diario, atribuye el cierre a la incapacidad de la denominada *izquierda nacional* para mantener un proyecto de ese calibre.³⁷ Algunos indicios —en parte señalados por Bernhard— parecen indicar que hubo diferencias entre sectores moderados y otros más radicalizados.

En todo caso, de momento es preciso constatar dos elementos que pudieron ser significativos en el debate interno de la izquierda y del diario en esos meses: el descubrimiento por las fuerzas de seguridad de la existencia del MLN-T, y la evolución de algunos de los grupos que apoyaban el diario, tanto en los meses anteriores como en los posteriores a su cierre.

El 22 de diciembre de 1966, pocas semanas después de la celebración de las elecciones, saltó a la luz pública la existencia de una organización clandestina armada. Ese día, mientras se dirigían a efectuar un robo para financiar sus actividades, una furgoneta con varios integrantes del MLN-T fue interceptada por la policía, muriendo un tupamaro en el tiroteo que siguió a la persecución por las calles montevideanas. La acción causó una auténtica conmoción por la gravedad de los hechos. Pero además, supuso el descubrimiento de las actividades de los tupamaros por parte de la policía y el inicio de una oleada de actuaciones de las fuerzas de seguridad contra diferentes grupos de izquierda radical: MAPU³⁸ o MIR, por ejemplo.

Mientras, la radicalización y la evolución hacia posturas revolucionarias era cada vez más patente en

grupos como el PSU y en el MRO. En el caso socialista, su fracaso en los comicios de 1966 parece haber sido el elemento definitivo para que este partido transitase por esa vía. La asunción de estas ideas comunes a la izquierda revolucionaria por parte del PSU no era casual. La evolución ideológica del partido desde 1960 había seguido esa línea, y desde 1963 mantuvo una constante relación con los grupos que integraban el Coordinador. A la crisis electoral de 1962 había seguido una radicalización del discurso, reflejado en las resoluciones del XXXIV Congreso Ordinario de 1963, primero, y del XXXV Congreso Ordinario de 1965 después: la definición de la contradicción imperialismo—revoluciones coloniales como la principal del momento, la negación del papel de la burguesía nacional en el proceso revolucionario, la inserción de la revolución uruguaya en la general latinoamericana, o la definición de esta última como un proceso ininterrumpido con dos fases: nacional y anticapitalista la primera, y socialista la segunda.

Además, en 1965 se avanzó en la apreciación sobre los métodos de lucha. El PSU hizo suyas las comunes ideas de la izquierda revolucionaria de la época respecto a la inevitabilidad de la violencia: “la experiencia histórica señala, en forma terminante, que sólo es posible liquidar la explotación del hombre por el hombre, por medio de la lucha violenta. Ninguna clase social cede sus privilegios pacíficamente,” expresaban las Resoluciones Políticas del XXXV Congreso. Y si bien no negaban su participación en la lucha electoral (para denunciar el fraude, aprovechar esa tribuna para la agitación revolucionaria, teniendo presente la justificación que tanto aquella como la propia presencia de la izquierda en el Parlamento suponen para el régimen oligárquico), defendían la necesidad de prepararse para todo tipo de vía. El carácter de una organización revolucionaria venía dado por su práctica de todos los medios de lucha.³⁹

A partir de la confirmación del fracaso electoral en 1966, esta tendencia se acentuó en el seno de un partido además dividido, con una grave pérdida de militancia interna y de influencia en los medios de masas. Pronto

se encontraría alineado con las posturas más radicales dentro de la izquierda, y con un discurso de defensa de la acción revolucionaria. En todo caso, no hay confirmación de que se realizase ninguna actividad más allá de eso, de que se organizaran clandestinamente ni preparasen grupos de autodefensa.

El PSU no estuvo solo en esa evolución. El MRO, integrante del FIDEL, parece haber comenzado a distanciarse de sus aliados frentistas (en especial del PCU) desde fines de 1966. No tenemos constancia de la evolución interna del FIDEL ni de las relaciones entre sus dos principales grupos. Pero sí parece claro que el MRO practicaba una cierta ambivalencia política. Compartía un espacio como el FIDEL con un partido como el comunista, que mantenía una postura muy definida y poco dada a la aceptación de las tendencias revolucionarias en boga; y al tiempo, participaba en otros espacios comunes con los oponentes políticos del comunismo dentro de la izquierda, caso del diario *Época*.

Las más claras muestras del alineamiento pro revolucionario de organizaciones como el MRO o el PSU a lo largo de 1967, lo tendremos en dos temas de gran importancia para la evolución de la izquierda en el momento: la polémica en torno a la *Conferencia de la OLAS* en los meses de julio y agosto, y la reedición y clausura del diario *Época* en el mes de diciembre. En ambos casos se encontrarán en posiciones claramente enfrentadas al PCU y el FIDEL, y alineados con el resto de grupos que aquí incluimos en la caracterización de *izquierda revolucionaria*.

La celebración de la *Conferencia de la OLAS*⁴⁰ entre julio y agosto de 1967 en La Habana, provocó una polémica muy similar —si bien más notoria— que la que año y medio atrás había suscitado la *Conferencia Tri-continental*. El FIDEL, que había participado en esta última en enero de 1966, ejerció como responsable del Comité Nacional uruguayo para la OLAS. El resto de las organizaciones de izquierda, a fines de aquel año comenzaron a manifestar su deseo de participación en la conferencia. Ante la ausencia de convocatoria por la

organización encargada del Comité Nacional, la FAU el 16 de diciembre decidió efectuar su propio llamamiento para discutir la postura a adoptar.⁴¹ Esta acción destapó la caja de los truenos y mostró la clara oposición entre el FIDEL (que no acudió a esa convocatoria y manifestó su nulidad al ser él el Comité Nacional) y el resto de la izquierda, de posiciones mucho más radicales en torno a la cuestión revolucionaria. A partir de entonces, y en los siguientes meses hasta la celebración de la conferencia, las diferencias se fueron agrandando entre el FIDEL y el resto de las organizaciones, no abriéndose el Comité a más grupos que los del FIDEL y, a última hora y por gestiones directas de Salvador Allende, al PSU.⁴² No pudieron estar presentes en cambio la FAU, el MIR, u otros grupos como el MLN-T (curiosamente la única organización que en ese momento tenía actividad clandestina).

La polémica de la OLAS se vio avivada con la celebración de la Conferencia y los trabajos publicados en *Marcha* por uno de sus enviados, Carlos María Gutiérrez. Según este, la delegación uruguaya estaba claramente dividida entre los grupos que secundaban las posiciones del PCU-FIDEL (con Arismendi a la cabeza, responsable además de la delegación), y la minoría formada por PSU, MRO y el Movimiento Batllista 26 de Octubre. Los primeros, si bien mayoría en la delegación uruguaya, representarían las posturas minoritarias de la conferencia (especialmente en temas polémicos como las condenas a partidos comunistas que, como el venezolano, no apoyaban los grupos armados, o las declaraciones acerca de la URSS). Y al revés, la minoría de la delegación uruguaya adoptaba las posiciones mayoritarias de la Conferencia, aquellas proclives a la lucha armada en el continente, según se concluía en los documentos aprobados.⁴³ La postura de la mayoría de la delegación uruguaya quedó reflejada gráficamente en uno de los artículos finales de Gutiérrez, en donde, además de ser especialmente crítico con Arismendi —en una polémica que ya había pasado a lo personal— se publicaba una foto de este en la sesión final de la conferencia, una vez

aprobadas las resoluciones, en la que se le veía de pie pero de brazos cruzados mientras el resto de los protagonistas de la mesa aplaudía los resultados.

Desde agosto de 1967, las posiciones en el seno de la izquierda uruguaya estaban ya muy definidas. Los grupos de orientación revolucionaria conformaban un bloque en cuanto a sus posturas, pero no así en lo orgánico. Pero para esto solo fueron precisas unas semanas. El trabajo para la reapertura del diario *Época* sería el espacio de contacto adecuado para ello. Pero esta vez la coordinación tuvo un significado mucho más profundo: no solo se trataba de la edición de un medio de comunicación; un acuerdo político respaldó esa acción y mostró la voluntad subyacente de un trabajo conjunto de todos los grupos firmantes para una acción revolucionaria.

Las tareas para la reapertura de *Época* no habían tardado en iniciarse desde su primer cierre. Pero parece que fue a partir de agosto cuando cuajó el proyecto de reapertura. La fecha es interesante y significativa, y nos indica la coincidencia con el final de la conferencia de la OLAS en Cuba, que tendría mucho que ver en la nueva *Época*. A la convocatoria realizada el 9 de agosto por la asamblea de accionistas, militantes y amigos, respondieron las siguientes organizaciones políticas: FAU, MAPU, MIR, MRO y PSU, así como el Grupo de Independientes de *Época*. En dicha asamblea se acordó prestar apoyo conjunto para la reaparición de *Época* en los primeros días de diciembre próximos. Además de ponerle fecha, le dieron contenido, bases políticas, al acuerdo logrado:

“El acuerdo de las organizaciones mencionadas se realiza con el objeto de defender los derechos de la clase obrera, los intereses vitales del pueblo, la revolución liberadora de América Latina, la lucha por el socialismo y la defensa de todos los pueblos agredidos por el imperialismo. Como bases políticas de dicho acuerdo se aceptan las definidas por la Conferencia de la OLAS, interpretadas por Fidel Castro en su discurso de clausura. La reapertura de “Época” significa, para las organizaciones que realizan este acuerdo, una forma concreta de combatir a favor de la causa por la cual peleó y dio su vida el Che Guevara. FAU, INDEPENDIENTES, MAPU, MIR, MRO, PS.”⁴⁴

Este consenso, que se concretó, amplió, y afirmó más tarde en el conocido como *Acuerdo de Época*, firmado por las seis organizaciones,⁴⁵ fue la expresión definitiva de esa izquierda radical o revolucionaria a la que nos referíamos, y que se venía gestando desde los inicios de la década. A esas posturas habían llegado esos grupos tras un proceso particular de todos ellos de definición y consolidación en lo interno de las posturas revolucionarias. La OLAS vino a darle su forma final. Además, significaba el logro de una cierta estructuración de un proceso de acercamiento que se daba desde tiempo atrás y que había acabado de confirmarse en el debate sobre la participación en el Comité Nacional Uruguayo de la OLAS desde diciembre de 1966.

El 4 de diciembre se firmó el *Acuerdo de Época*, y el día 7 el diario salió nuevamente a la calle. El *Acuerdo* planteaba como objetivo primordial “promover desde el plano periodístico la maduración de las condiciones para la revolución en el Uruguay,” en el marco de la revolución latinoamericana. Eso significaba destruir el régimen vigente en lo interno, y liberar al país de la tutela del imperialismo norteamericano en lo externo; identificando capitalismo e imperialismo como los principales enemigos y dos vertientes de una misma realidad, cuya derrota solo se lograría mediante la lucha armada. El documento aceptaba las resoluciones de la OLAS, que constituyen las premisas fundamentales para una estrategia revolucionaria eficaz y, por lo tanto, deben guiar su acción local; propugnaba impulsar la lucha por el cumplimiento del programa del Congreso del Pueblo⁴⁶ y, considerando al movimiento sindical como el frente de masas fundamental, se alineaba con el programa de la CNT y promovía la aplicación concreta de un plan de lucha. Declaraba finalmente que la línea editorial e informativa que *Época* desarrollaría sería coherente con la orientación de la OLAS y con la línea revolucionaria que informa este acuerdo, promoviendo la formación de una clara conciencia socialista y antiimperialista de los trabajadores uruguayos. Combatiría además los conceptos y métodos de los enemigos de la clase

trabajadora (amarillismo, divisionismo, corrupción y adiestramiento servil al imperio, en el medio sindical), así como las concepciones reformistas también condenadas por la OLAS (en clara alusión al PCU).⁴⁷

El mismo día en que *Época* salía de nuevo a la calle con el *Acuerdo* político revolucionario en sus páginas, se conocía el fallecimiento del presidente Gestido, y su relevo por el hasta entonces vicepresidente Jorge Pacheco Areco. A partir de ese momento, la vida política uruguaya dio un vuelco radical. El debut de Pacheco en el ejercicio presidencial se realizó con una medida clave para la evolución de la izquierda y de la situación política del país: la clausura del diario *Época*, la detención de los integrantes de su consejo editorial, la ilegalización de las organizaciones firmantes del acuerdo (FAU, MIR, MRO, MAPU y PSU), y la clausura del medio de prensa de una de ellas, el semanario socialista *El Sol*.⁴⁸ Con esta medida, quedaba fuera de la legalidad prácticamente toda la izquierda no comunista o próxima al comunismo.

Las respuestas desde otros sectores de la izquierda –no solo política, sino también intelectual– se canalizaron en buena medida a través del semanario *Marcha*. Sus páginas, especialmente la sección de Cartas de los Lectores y los editoriales de Carlos Quijano, coincidían en lo esencial: la resolución era la culminación de una serie de medidas represivas –desde la declaración de MPS a prohibiciones de congresos sindicales– y no un hecho aislado, y dejaba claro que se estaba ante un proceso de *gorilización*⁴⁹ en el Uruguay; era un atentado a las libertades políticas y constitucionales, a la democracia; no tenía precedentes en ese siglo, ni siquiera en la dictadura tersita de los años treinta; y suponía una puerta abierta a la violencia, a su instalación en la vida política uruguaya: era violencia reaccionaria, desde arriba, y que por tanto daba legitimidad a su respuesta con la violencia revolucionaria, desde abajo.⁵⁰

Con la firma del Acuerdo de *Época* y la resolución del poder ejecutivo del 12 de diciembre de 1967, podemos considerar consolidada la opción revolucionaria en

la izquierda uruguaya. Para algunos grupos fue la confirmación que buscaban para sus tesis de evolución reaccionaria y la necesidad de prepararse para un enfrentamiento con la violencia revolucionaria. Para otros, pudo ser quizá un impulso para transitar esa vía —que hasta ese momento no figuraba más que en discursos—, como si el cierre de opciones políticas legales fuese justo lo que necesitaban —o que les obligaba— para decidirse por esos caminos alternativos. Esa percepción de cierre de vías legales para una transformación revolucionaria que entendieron muchos tras la resolución del día 12, caló más allá de los grupos ya radicalizados y se instaló en ciertos sectores de la opinión pública uruguaya, los más proclives posiblemente para ello —estudiantes y ciertos sectores sindicales. Significó, por tanto, la inclusión en el debate público de temas antes muy restringidos a grupos radicales y minoritarios, que desde entonces estarían presentes en más amplios sectores de la población, y en los cuales la izquierda revolucionaria lograría un calado significativo en los siguientes años.

Concreción de la izquierda revolucionaria desde 1968

En esa opción revolucionaria que se consolidó en diciembre de 1967 en la izquierda uruguaya, no estarían todos los que eran, ni serían todos los que estaban. Es decir, por un lado, nuevos actores aparecerían a partir de 1968, caso de los estudiantes, fuertemente radicalizados en sus movilizaciones de ese año. Pronto se incorporarían a las organizaciones revolucionarias y desde 1969 serían factor clave en su crecimiento y desarrollo, especialmente en el caso del MLN-T. Por otro lado, no todos los protagonistas de esa tendencia revolucionaria que representaba el *Acuerdo de Época* mantendrían las mismas posiciones.

El PSU, muy debilitado políticamente, en los años previos, procuró mantener una mínima organización en una especie de clandestinidad tolerada, así como cierta

presencia en el medio sindical. Pero su línea se fue moderando paulatinamente. Tras su vuelta a la legalidad y su entrada en el Frente Amplio en 1971, abandonó definitivamente las posiciones de 1967 y ni siquiera se contó entre las fuerzas más radicales dentro del FA.

El MIR desde su separación del Coordinador y de los grupos que luego formaron el MLN-T, había iniciado un lento declive interno. Siguió actuando como fuerza política. Su concepción revolucionaria pasaba por la creación de un partido de masas, tarea a la que se abocó con poco éxito en los siguientes años. Hacia 1968–1969, su existencia era poco más que testimonial debido a diversos conflictos internos. Y solo a principios de los setenta logró cierta inserción de masas, especialmente en el medio estudiantil con las denominadas *Agrupaciones Rojas*. En 1972 cambió su nombre por el de *Partido Comunista Revolucionario* (PCR), representación de la transformación que entendían habían operado de movimiento a partido revolucionario.

La FAU y el MRO sí mantuvieron su línea anterior. Fueron además los dos únicos grupos que intentaron dar continuidad en la clandestinidad a lo que representaba el *Acuerdo de Época*.⁵¹ Para el MRO, la resolución de ilegalización era indicativa de la ausencia de libertades, por lo que iba “llegando la hora de terminar con el tipo de lucha de compromiso, dentro de las reglas de juego que impone la oligarquía.” Esto es, implícitamente indicaba que a partir de entonces el MRO quedaba libre y casi obligado a iniciar su particular lucha política fuera de la legalidad.⁵²

El MRO se había aproximado a la acción revolucionaria desde 1963, año en el que su fundador y líder Ariel Collazo viajó a Cuba por primera vez, acompañado de otros correligionarios, para recibir cursos de entrenamiento. Pero su estrategia revolucionaria en los siguientes años había estado supeditada al castrismo: dado que Uruguay no se consideraba propicio para la lucha rural y que no había agotado todas sus opciones de lucha política legal, el MRO debía permanecer activo en ese ámbito y su actividad revolucionaria consistiría en el apoyo a

otros movimientos del continente. La muerte de Guevara primero, y la ilegalización del grupo después, provocaron un cambio de estrategia y, si bien hasta el momento habían sido contrarios a la guerrilla urbana, iniciaron su preparación como forma de apoyar la lucha contra la dictadura.⁵³ En junio de 1968 la detención de algunos miembros de la dirección en una reunión clandestina significó el paso definitivo a la actividad revolucionaria. La lucha armada, de la que tanto habían hablado en los años anteriores, “no solo es un derecho, sino que es un deber.”⁵⁴ En las siguientes semanas organizaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO), cuyas primeras actuaciones tuvieron lugar en los meses de septiembre y octubre, si bien su actividad clandestina fue prácticamente irrelevante en el total de la acción violenta del período. A partir de 1971, tras muchas detenciones, pocos éxitos, y su integración al FA (con las perspectivas de actuación política que este significaba), la lucha armada quedó definitivamente abandonada.

Para la FAU la ilegalización no significó ningún trauma. Por un lado, su actividad no era partidaria en el sentido de los grupos políticos tradicionales, por lo que no le afectó en demasía el cierre de locales y clausura de la prensa. Por otro, desde su desvinculación del Coordinador y del proyecto organizativo que cuajó en el MLN-T, continuó desarrollando su estrategia en el frente de masas. Hacia fines de la década ya habían logrado ser una de las fuerzas más significativas del movimiento sindical uruguayo, liderando los sindicatos y agrupaciones más radicales en su seno. Al mismo tiempo, maduraron su estrategia revolucionaria, definida más adelante como de carácter insurreccional.⁵⁵ Su base estaría en la lucha de masas, apoyada por una organización revolucionaria que contase con un aparato clandestino, de dimensiones reducidas, y que actuase en apoyo de las luchas populares. Eso les llevó a la creación de su propio grupo armado, la Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR-33), de actuación más limitada que la tupamarra en los primeros años setenta, pero representativa de la otra opción revolucionaria de peso en el Uruguay.

Conclusiones

La izquierda revolucionaria uruguaya tuvo sus orígenes en la influencia generada por la Revolución Cubana en el seno de una izquierda en proceso de renovación. Sus primeros pasos estuvieron vinculados a las frustraciones provocadas por los escasos resultados de importantes movilizaciones y de las luchas política, electoral o sindical ejercidas en los marcos legales tradicionales a principios de los sesenta. Eso fue argumento válido para que ciertos grupúsculos y militantes más o menos radicalizados, provenientes de diferentes sectores de la izquierda, consideraran legítimo adoptar algunos de los presupuestos llegados con el castrismo —caso de la esterilidad de las vías establecidas para el logro de transformaciones políticas y sociales revolucionarias—, y comenzaron a organizarse de forma clandestina.

Pero al mismo tiempo, parte de la izquierda legal fue evolucionando hacia posiciones cada vez más radicales, influida tanto por los renovados planteamientos revolucionarios de la época, como por situaciones internas. La conjunción de ambos procesos se dio tanto en el Coordinador, en donde los grupos abocados a la organización clandestina mantuvieron contacto fluido con organizaciones legales; como en ámbitos públicos como el diario *Época* o polémicas en el seno de la izquierda como las vividas en relación con la participación en la Conferencia Tricontinental (1966) o en la Conferencia de la OLAS (1967).

La maduración de las posiciones revolucionarias llegó con el Acuerdo de Época de diciembre de 1967. La ilegalización de los grupos firmantes de este y la clausura del medio de prensa, si bien podían entenderse como el paso preciso para la consolidación de una organización clandestina que reflejase la unidad revolucionaria de los firmantes, tuvo efectos diversos en cada uno de ellos, como ya se ha señalado. El más importante de todos, el que sí logró la resolución del poder ejecutivo, fue impedir el nacimiento de la estructura político revolucionaria que de algún modo subyacía en el espíritu del Acuerdo.

En 1968, y tras un complejo proceso de gestación y nacimiento, de debate y definición, la izquierda revolucionaria había tomado cuerpo en el Uruguay y estaba representada, fundamentalmente, por el MLN-T, la OPR-33 y, en modo menos significativo, por las FARO. A ellos habría que sumar una amplia variedad de sectores y fuerzas sindicales, estudiantiles o sociales que compartieron las ideas básicas de las organizaciones revolucionarias, que engordaron sus filas desde entonces y hasta 1973, y que por tanto podrían ser consideradas como parte de esa indefinida pero importante opción que representaba la izquierda revolucionaria.

Por último, señalar una hipótesis que plantea el trabajo, si bien no es tratada en él porque supera con mucho sus limitaciones: creemos que si bien la izquierda revolucionaria uruguaya tuvo sus orígenes en las corrientes de izquierda de la época (nacionales e internacionales), en las cuales hay que entenderla, creció y logró su peso y protagonismo en el país debido a la crisis, la radicalización de las movilizaciones sociales y, de forma destacada, al cierre de oportunidades políticas que se produjo tras el ascenso de Pacheco Areco a la Presidencia del gobierno uruguayo en diciembre de 1967 y el brusco giro autoritario que imprimió a su actuación. La importancia de este cierre de oportunidades radicó no tanto en la medida en que contribuyó a legitimar ante una parte de la opinión pública la acción revolucionaria que comenzaban a practicar algunos grupos, o en la posibilidad de que hubiese cerrado vías de actuación política a grupos que ya desde su nacimiento se habían colocado fuera del sistema; sino, principalmente, en que a partir de 1968 provocó la radicalización de importantes sectores de los movimientos sociales y políticos que no encontraron más campo de actuación que el ofrecido por la izquierda revolucionaria. Aquí nos hemos ocupado solo de su período de gestación y nacimiento. Si fuésemos más allá, podríamos constatar si fue la polarización social del país a partir de 1968, lo que proporcionó a la izquierda radical el terreno perfecto para su crecimiento y desarrollo, para lograr el importante grado de inserción

de masas que algunos grupos consiguieron; para pasar, en definitiva, de grupos clandestinos conspiradores a auténticas organizaciones revolucionarias con capacidad para cuestionar el sistema.

Notas

1. La estabilidad política desde 1904, año de la última guerra civil entre nacionalistas y colorados, solo se vio alterada por el golpe de Estado de Gabriel Terra (1933). Para una visión global de la primera mitad del siglo XX en Uruguay y del período de Terra, véase Nahum (1998), Nahum, Cocchi y otros (1993), y Jacob (1983).
2. Entre las obras realizadas desde las ciencias sociales, destacamos las de Aldrighi (2001), Costa (1995), Cores (1999), Caetano, Gallardo y Rilla (1995), y Varela (1988). Testimonios básicos sobre el MLN-T son los de Fernández H. (1987, 1988, 1990 y 1995), y una biografía interesante es la de Blixen (2000) sobre el líder tupamaro Raúl Sendic. Recientemente ha aparecido también el primer trabajo sobre FAU (Mechoso, 2002).
3. Las obras clásicas para el conocimiento del batllismo son las que conforman la colección de Barrán y Nahum (1979 a 1985), así como el trabajo de Vanger (1967). Sobre la crisis del modelo, véase Nahum, Cocchi y otros (1993), Nahum, Frega y otros (1993); Finch (1980) analiza la evolución económica de Uruguay en el siglo XX, y G. Rama (1987) interpreta la crisis desde la sociología.
4. La caída de Eugenio Gómez en el PCU en 1955 y su sustitución por Rodney Arismendi se debió a una repentina maniobra interna que debemos relacionar con las transformaciones sufridas por el comunismo mundial a raíz de la muerte de Stalin. Por el contrario, Emilio Frugoni (PSU) fue perdiendo cuotas de poder a lo largo de la década al no adaptarse a los cambios ideológicos y políticos tanto del partido como de la izquierda, y en 1960 perdió la Secretaría General frente a Vivian Trías, el ideólogo de la renovación.
5. Caetano, Gallardo y Rilla (1995: 15) hablan en este sentido de la instrumentalización de la historia por parte de la política, por cuanto el proceso buscaba una legitimación propia e implicaba un uso del pasado *como recurso autorizante de la identidad*.

6. Sus bases fueron establecidas en el XVI Congreso del PCU en 1955, y en la *Declaración Programática* y la *Plataforma Política Inmediata* aprobadas en el XVII Congreso en 1958.
7. Con el proyecto de reforma constitucional se buscaba introducir reformas estructurales en lo económico y lo social (tales como la reforma agraria) que permitiesen afrontar la incipiente crisis económica, reformas para las que la izquierda no contaba con capacidad política por su escaso peso parlamentario. El proyecto no logró reunir las firmas suficientes para ser plebiscitado, a pesar de intensos meses de trabajo y una importante movilización y creación de una red de apoyo al efecto, encabezada principalmente por el PSU y el MRO (grupo fundado por el ex diputado del Partido Nacional Ariel Collazo en abril de 1961).
8. Estos trabajadores sufrían una dura explotación laboral, sin ningún tipo de regulación, y con un sistemático incumplimiento de la legislación al respecto por parte de las empresas. Jornadas de trabajo abusivas, ausencia de seguros, indemnizaciones por despido, fallecimiento, etc ...; pago en bonos de cartón, falta de servicios médicos, vivienda, escuelas...; elevados índices de mortalidad, pobreza y hambre infantil; son algunas de las atrocidades que la prensa de izquierda de ese momento y alguna literatura reflejaron acerca de la situación de estos cañeros. Véase por ejemplo Rosencof (1994), o –entre otros– el artículo “Los cañeros explican su lucha” (*Época*, Montevideo, 1/3/1964). Sobre UTAA, véase Prieto (1986).
9. La *Unión Popular*, formada por el PSU y algunos pequeños grupos desgajados de los partidos tradicionales; y el *Frente Izquierda de Liberación Nacional* (FIDEL), formado por el PCU, organizaciones próximas a él, como el *Movimiento de Trabajadores de la Cultura*, y grupos provenientes también de los partidos tradicionales, como el MRO.
10. Hasta ese momento nunca había superado, en conjunto, el 10% de los votos.
11. Los documentos básicos del momento fueron *Acuerdos del Pleno Nacional Anarquista*, de mayo de 1956 (Archivo FAU), en donde se pusieron las bases de la renovación; y la *Declaración de Principios de la FAU* (*Voluntad*, Montevideo, noviembre de 1956, n° 166).
12. Algo estaba fermentando. En otros lugares y en otros momentos nos íbamos encontrando con otros (Fernández, 1987: I, 63). Yo no tenía claro cuál iba a ser mi futuro político. Fui dando pasos. [...] había quedado muy claro que sin ninguna coordinación

había gente que pensaba las mismas cosas, que reflexionaba acerca de los mismos temas, en distintos lugares. En ese paquete estaba el por acá la cosa no va, con esto no alcanza, la revolución cubana y los desafíos que planteaba, el enfrentamiento ideológico entre China y la Unión Soviética, la vía electoral inconducente. Y la historia de los años siguientes hablaría de cómo se iría juntando toda esa gente, José Mujica (Campodónico, 1999: 64).

13. Washington Rodríguez Beletti, entrevista con el autor, 12/8/98, Montevideo.
14. Recurso constitucional de suspensión de garantías. Las MPS habían sido declaradas en casos efectivamente excepcionales como las inundaciones de abril de 1959 (las *medidas buenas*). Su definición constitucional implica un doble control de legitimidad y de pertinencia por parte del Poder Legislativo, quien debe ser informado en las 24 horas siguientes a su imposición por el Ejecutivo, y decidir sobre su conveniencia y duración. Desde 1963 comenzaron a emplearse como recurso frente a los conflictos sociales, y ya a partir de diciembre de 1967, fueron reflejo de una práctica de gobierno de rasgos autoritarios, con desconocimiento incluso de las resoluciones del Poder Legislativo en cuanto a su pertinencia y vigor.
15. La acción policial reveló la organización de un grupo radical en torno a UTAA, dirigido por Sendic, que planeaba una ocupación de tierras y una refinería de azúcar para los cañeros. En esos días quienes no habían sido detenidos pasaron provisionalmente a la clandestinidad.
16. Washington Rodríguez Beletti, 12/8/98, Montevideo. El fracasado asalto al cuartel Moncada (Cuba) realizado por Fidel Castro con algunos seguidores en 1953, primera acción del que luego sería líder revolucionario, está rodeado de un cierto misticismo. Representó, para muchos revolucionarios latinoamericanos, el paso a una acción que definía posturas.
17. Fernández, 1987, pp. 82-83.
18. Según Juan Carlos Mechoso, antiguo dirigente de la FAU, la participación de la Federación en el Coordinador estaba a cargo de Mauricio y Gerardo Gatti, de él mismo y, en ocasiones, de León Duarte. Defiende que si bien no era algo conocido abiertamente por la militancia dado el carácter de la actividad, sí se ajustaba a la directriz aprobada de relación con todos los grupos revolucionarios (entrevista con el autor, 9/12/2000, Montevideo). Recordemos que en estos momentos se daba una grave

polémica en el seno de la FAU, y era precisamente este tipo de actividades las que los opositores criticaban más duramente.

19. Aunque la doble militancia en un principio facilitó la confluencia, más adelante constituiría un problema, pues planteaba la cuestión de la disciplina. Esta última solo era exigida, por razones obvias de seguridad, en caso de acciones comunes de todos los grupos del Coordinador. Entonces, se discutía y decidía entre todos por encima de intereses particulares.
20. Sobre el PSU es significativo el testimonio de Julio Marenales: *“el partido te enseña,... te habla de revolución, pero después para hacerla te da un escarbadientes”* (entrevista con el autor, 4/8/98, Montevideo).
21. El ejemplo más representativo de estas fueron los *comandos del hambre*, iniciados el 24 de diciembre de 1963 con el asalto a un camión de reparto de una compañía de supermercados y la distribución de su carga en barrios pobres de las afueras de Montevideo. En el lugar dejaron panfletos con el siguiente texto: *Los revolucionarios están presentes en la Navidad de los pobres... Y los exhortan a formar comités en las barriadas para la resistencia contra la desocupación y la carestía* (23/12/63, “Volante del Comando Juvenil José Artigas”, Archivo David Cámpora, Montevideo).
22. Ya respecto a la acción del Tiro Suizo, Julio Arizaga declara: *yo personalmente las acciones las hacía no muy convencido porque yo notaba que eso,... no había participación de masas, no estábamos apoyados en las masas, eran grupos de conspiradores aislados, y eso no estaba en la teoría de la guerra popular del marxismo, por lo tanto, yo tenía mis reticencias, no yo, toda la tendencia nuestra teníamos reticencias* (Julio Arizaga, entrevista con el autor, 21-23/8/1998, Montevideo).
23. Una vez más, UTAA volvió a ser la encargada de conmocionar al país, activar a la izquierda, y aglutinar aquellas tendencias revolucionarias ahora desconectadas. Pero también una vez más, veremos que el resultado de ese proceso superaría –y ahora con mucho– el significado y potencial movilizador del sindicato cañero.
24. Fernández, 1995, pp. 63-64.
25. “La reunión de Parque del Plata es un punto de culminación y partida. Punto culminante porque viene precedida de una intensa polémica. Intensa no tanto por el tono de las discusiones, sino por su profundidad (...) Punto de partida porque era

evidente que algo se iba a iniciar a partir de Parque del Plata, y porque también otra discusión iba a dar comienzo a partir de una ya terminada” (Fernández, 1995: 69).

26. El conocimiento de estas jornadas se debe fundamentalmente al trabajo de Fernández (1995: 69-75), aunque los argumentos que expone han sido contrastados con entrevistas a miembros de otros grupos (J. Arizaga, 21-23/8/1998, Montevideo). Las nueve tesis habían sido elaboradas por Jorge Torres —excepto una— después que a fines de 1963 se separó del MIR por diferencias en la concepción del tipo de lucha. Meses más tarde esas tesis serían la base del “Documento n°1” del MLN (Jorge Torres, entrevista con el autor, 30/11/99, Montevideo).
27. José Díaz, entrevista con el autor, noviembre 2000, Montevideo.
28. J. Arizaga, 21-23/8/1998, Montevideo.
29. J. C. Mechoso, 9/12/2000, Montevideo.
30. Volante del MLN-T “Acción contra la “Bayer””, 25/8/1965 (*Archivo David Cámpora*, Montevideo): *¡Mueran los yanquis asesinos de Vietnam! Frente a la intervención asesina en Vietnam los pueblos oprimidos se unen para aplastar al enemigo común. La Bayer, empresa nazi, ayuda con gases a la intervención de los gringos. ¡Fuera los gringos liberticidas! ¡Viva el Vietcong! ¡Viva la Revolución! TUPAMAROS.*
31. Fernández, 1987, III pp. 11-12.
32. En su primer número, *Época* declaraba que *no es el órgano de una fracción política, ni de un partido, ni siquiera de una empresa comercial. Y no tiene, no admite, ni reconoce, vinculación alguna con nadie.* Nació con espíritu de independencia partidaria y, según Andrés Cultelli, administrador durante parte de la vida del diario, con pluralidad (Andrés Cultelli, entrevista con el autor, 4/11/1999, Montevideo).
33. El PCU era la única organización que tenía su diario, *El Popular*. Lo más parecido en el resto de la izquierda era el semanario *El Sol*, órgano oficial del PSU.
34. En lo que se refiere a la realización del diario, sí se aprecia un cierto dominio de militantes socialistas, aunque eso no significó un vuelco de la línea del diario hacia las posiciones de ese partido. En el Consejo Editorial en 1965 por ejemplo, encontramos personas provenientes de todos los sectores de la izquierda no

- comunista y algunos independientes (que iban desde futuras personalidades del Frente Amplio, como Domingo Carlevaro, a independientes como Luis Martirena, que más adelante, totalmente identificado con la línea revolucionaria, moriría como miembro del MLN). (*Época*, Montevideo, 3/8/1965, "Actividad y vida de *Época*").
35. "Las columnas de *Época* es una opinión permanente de FAU, de una lectura mayor, porque en ese momento *Época* tiene 3 ó 4 mil ejemplares de venta, y ningún grupo de izquierda chico accedemos a eso con nuestra propia propaganda" (J. C. Mechoso, 9/12/2000, Montevideo). Todos los grupos encontraron en *Época* un lugar donde difundir sus posturas: mediante cartas al director, comunicados o declaraciones partidarias, o con espacios reservados y hasta pagados por momentos. Además, el resto de grupos de la izquierda –inclusive el FIDEL– tuvieron sus páginas abiertas y es posible encontrar sus comunicados desde los primeros números.
 36. Andrés Cultelli, 4/11/99, Montevideo.
 37. *Marcha*, Montevideo, 24/2/1967, n° 1342, 2. "La desaparición de *Época*", Guillermo Bernahard, Cartas de los Lectores.
 38. *Movimiento de Acción Popular Unitaria*. De origen cristiano, se formó en 1966. desaparecería como tal en diciembre de 1967 tras su ilegalización.
 39. PSU, *Resolución Política del XXXV Congreso Ordinario*, C.E.N. PSU, 1965, Montevideo. Un folleto de 1964 titulado *Los caminos de la izquierda uruguaya*, adelantaba algunas de estas ideas. Era un avance desde las posturas de 1963, y marca la clara evolución ideológica socialista.
 40. La OLAS representaba el intento cubano de coordinación de las luchas revolucionarias en el continente, una especie de internacional revolucionaria latinoamericana. Con Cuba a la cabeza, tendría entre sus objetivos el apoyo a las luchas revolucionarias en el continente, y como táctica la guerrilla rural teorizada por los cubanos (OLAS, 1967).
 41. *Época*, Montevideo, 15/12/1966, n° 1512, p. 11: "La izquierda dialoga sobre la OLAS".
 42. La gestión de Allende en pro del PSU fue confirmada por José Díaz, entonces Secretario General del PSU (José Díaz, noviembre 2000, Montevideo). Sobre la polémica de estos meses en la prensa alrededor de la OLAS y la conformación del Comité Nacional,

véanse los siguientes números de *Época*: 17/12/1966, 21/12/1966, 22/12/1966; de *Marcha*: 24/2/1967; 3/3/1967; 30/6/1967; y del semanario socialista *El Sol*: 14/7/1967.

43. Las páginas de *Marcha* y de *El Popular* fueron el marco de una muy dura polémica en los días en que se celebró la conferencia y en las semanas siguientes. Véase en *Marcha* los números de 28/7/1967, 5/8/1967, 11/8/1967, 18/8/1967; y las Cartas de Lectores que bajo el título Genérico "Gutiérrez y la OLAS" salieron durante todo el mes de agosto y septiembre.
44. *Marcha*, Montevideo, 17/8/1967, "La reaparición de *Época*".
45. El texto original del *Acuerdo* no ha podido ser consultado. Los cinco números editados entre el 7 y el 12 de diciembre de 1967 no se han conservado en ninguna biblioteca o archivo público o privado de Uruguay. El texto que se ha utilizado procede de un trabajo inédito de Hugo Cores, consultado en el *Archivo David Cámpora* de Montevideo, y es probable que sea fragmentario. Por lo que se conoce de su contenido parece fiel al original. Igualmente, sus contenidos coinciden con la descripci3n que del documento realiz3 el CNT por la que fue clausurado el diario e ilegalizados los grupos que lo promovían.
46. Instancia previa a la conformaci3n de la CNT y en la que se deline3 su programa básico.
47. *Acuerdo de época*, 7/12/1967.
48. Resoluci3n 1788/967 (RNLD 1967/II, 2135-2141). De los ocho detenidos, fueron procesados cinco por asociaci3n para delinquir: Armando Cuervo (MRO), Julio Arizaga (MIR), Gerardo Gatti (FAU), Pedro de Aurrecochea y Pedro A. Ser3. Seg3n el diario *El Día*, "todos los citados forman parte del Consejo de Direcci3n del diario época y de algunas de las organizaciones firmantes del manifiesto que -conjuntamente con una parte de "tupamaros"- public3 el diario época. Recobraron en cambio la libertad el editor de Epoca, Carlos Ma Guti3rrez, el Redactor Jefe Julio Rozziello y el secretario de redacci3n Manrique Salaverry" (*El Día*, Montevideo, 15/12/1967: "época: 4 remitidos por asociaci3n para delinquir").
49. El t3rmino se refiere a la instauraci3n de dictaduras, calificadas de "gorilas" en la época.
50. V3ase especialmente esta secci3n en los n3meros de *Marcha* de 15 y 22 de diciembre de 1967, especialmente el editorial de Quijano del día 15, "Las libertades avasalladas", en donde con

gran clarividencia política se intuye la evolución futura del país hasta el golpe de 1973: “Estamos ante un hecho sustancialmente político, cuyas raíces están en el autoritarismo, cuyas proyecciones rebosan de peligros y que configura un avasallamiento de libertades esenciales. ¿O es que, por temor o por odio, no se quiere comprender la amenaza que significa un Poder Ejecutivo que por simple resolución, suprime partidos políticos, se apodera de bienes de los particulares, clausura diarios, ordena la detención de los ciudadanos? ¿Es que no se quiere comprender que las medidas que hoy se adoptan frente a desbordes verbales intrascendentes, mañana hecha la mano, pueden aplicarse también, respaldados por el antecedente, a todos los que ejerzan el sagrado y saludable ‘derecho a discrepar’; a todos los que reclamen cambios, reformas, transformaciones, a todos los que digan no a los disparates, a los despilfarros, a la incompetencia, a la miseria que de más en más nos ahoga? ¿Qué diferencia hay entre un Ejecutivo que usa y abusa de armas semejantes y otro Ejecutivo dotado de poderes absolutos y dictatoriales?”

51. J. C. Mechoso, 9/12/2000, Montevideo; Ariel Collazo, entrevista con el autor, 5/12/2000, Montevideo.
52. Marcha, Montevideo, n° 1391, 12/2/68, p. 2: “La oligarquía se quita la máscara”, y n° 1392, 23/2/1968, p. 5: “El espíritu de la revolución”.
53. “Debo reconocer que de acuerdo al planteo del MLN hay una cosa en que nosotros nos equivocamos y ellos tenían razón, que es el tema de apoyarse siempre en las propias fuerzas. Porque nosotros en definitiva dependimos, por un lado de lo que pudieran hacer los brasileños, por otro lado del plan del Che, y en definitiva nunca tuvimos, no nos afirmamos nosotros mismos en nuestras propias fuerzas. Claro que, como aquí la única forma de hacer la lucha era urbana, a su vez... Al final nos largamos a hacerla pero en circunstancias difíciles, distintas, de represión fuerte.” (Ariel Collazo, entrevista con el autor, 10/11/99, Montevideo).
54. Las detenciones de junio, según Collazo, significaron para ellos “el fin de cualquier posibilidad de actuación legal, de modo que en agosto rematamos los últimos muebles del local central de Minas 1417 y quedamos con las manos libres para iniciar la acción directa” (A. Collazo, 10/11/99 y 5/12/2000, Montevideo).
55. Su estrategia fue recogida en el documento denominado “COPEY”, de 1972 (Archivo FAU, Montevideo).

Bibliografía

- Aldrighi, Clara. *La izquierda armada*. Ediciones Trilce, Montevideo. 2001.
- Barrán, José P. y Benjamín Nahum. *Battle, los Estancieros y el Imperio Británico*, Tomos 1 a 6. Banda Oriental, Montevideo. 1979 -1985.
- Blixen, Samuel. *Sendic*. Ediciones Trilce, Montevideo. 2000.
- Caetano, Gerardo, Javier Gallardo y José Rilla. *La izquierda Uruguaya*. Ediciones TRILCE, Montevideo. 1995.
- Campodónico, Miguel Ángel. *Mujica*. Editorial Fin de Siglo, Montevideo. 1999.
- Cores, Hugo. *Uruguay hacia la dictadura, 1968-1973. La ofensiva de la derecha, la resistencia popular, y los errores de la izquierda*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. 1999.
- Costa Bonino, Luís. *La crisis del sistema político uruguayo. Partidos políticos y democracia hasta 1973*. Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo. 1995.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *Historia de los Tupamaros, vols 1 y 3*. TAE, Montevideo. 1987.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *La Tregua Armada*. TAE, Montevideo. 1988.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *La Fuga de Punta Carretas*. TAE, Montevideo. 1990.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *Historia de los Tupamaros, vol 2*. TAE, Montevideo. 1995.

- Finch, Henry. *Historia Económica del Uruguay Contemporáneo*. Editorial Banda Oriental, Montevideo. 1980.
- Jacob, Raúl. *El Uruguay de Terra, 1931-1938*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. 1983.
- Mechoso, Juan Carlos. *Acción directa anarquista, una historia de FAU*. Editorial Recortes, Montevideo. 2002.
- Nahum, Benjamín. *La Época Batllista, 1905-1929*. Ediciones de la Banda Oriental-La República, Montevideo. 1998.
- Nahum, Cocchi y otros. *Crisis política y recuperación económica, 1930-1958*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. 1993.
- Nahum, Frega y otros. *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*. Editorial Banda Oriental, Montevideo. 1993.
- OLAS. *Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad*. La Habana. 1967.
- Prieto, Rubén Gerardo. *Por la tierra y por libertad. Trabajadores rurales y proceso revolucionario. UTAA y el MNL-T (Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra)*. Nordam, Montevideo. 1986.
- Rama, Germán. *La democracia en el Uruguay: una perspectiva interdisciplinar*. ARCA, Buenos Aires. 1987.
- Rey Tristán, Eduardo. "La influencia de la Revolución Cubana en la izquierda uruguaya: movilización y solidaridad con Cuba (1959-1965)". En: Campos Álvarez y Rey Tristán (Eds.), *Actas del III Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas (ADHILAC)*, Santiago de Compostela. 2002.

Rosencof, Mauricio. *La rebelión de los cañeros y Los Hombres de Arroz*. TAE, 8ª edición, Montevideo. 1994 [1969].

Vanger, Milton. *José Batlle y Ordóñez. El creador de su época, 1902-1907*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. 1967.

Varela, Gonzalo. *De la República liberal al Estado militar: crisis política en Uruguay, 1968-1973*. Ed. Nuevo Mundo, Montevideo. 1988.